

ARTHUR A. EKIRCH, *The Civilian and the Military*, Londres: Oxford University Press, 1956. 340 págs.

El autor de este libro nos ofrece una valiosa relación acerca del persistente antagonismo que hacia la institución militar existe en los Estados Unidos. Desde la época en que se firmó la Declaración de Independencia —cuyos autores se quejaban de que el rey Jorge de Inglaterra hubiera mantenido un ejército permanente en América— la continua desconfianza hacia todo lo militar ha sido uno de los factores importantes en la circunstancia política norteamericana. Las fuerzas representativas del ala liberal y pacifista —empleando la terminología del autor— han resistido todo intento de aumentar el tamaño de las fuerzas armadas, se han opuesto a la preparación bélica en tiempos de paz, y han temido al militarismo.

El indudable éxito obtenido por estas fuerzas hasta el año 1940, se revela claramente en este estudio. Durante el período que cubre el libro, los Estados Unidos se vieron empeñados en siete contiendas. Antes de iniciarse cada una de estas guerras la organización militar era reducida, y su rápida expansión frente al peligro y la precipitación de las primeras etapas del conflicto trajo graves dificultades. Hasta el año 1860, el cuadro inicial del ejército regular era de tamaño insignificante, y las guerras se lidiaban con los voluntarios y la milicia. La milicia se diferenciaba muy poco de los cuerpos de voluntarios. En el 1790 Washington propuso un plan para formar una milicia bien organizada y adiestrada. Su plan fue derrotado por las fuerzas liberales y pacifistas. En sustitución se aprobó el Decreto del año 1792. Bajo el amparo de esta legislación la milicia recibió una organización muy menguada —sin dar ingerencia en ella al Gobierno Federal— poco adiestramiento y escaso equipo. En 1861 Lincoln disponía de un ejército regular de 17,000 hombres como cuadro para organizar el ejército de un millón que, tras cuatro difíciles años, dio fin a la contienda. En su mayor parte, este ejército fue nutrido por milicianos y voluntarios, pero se empleó también, por primera vez en nuestra historia, el sistema de reclutamiento obligatorio. El Presidente Wilson se encontró en situación menos precaria. Mediante el Decreto de Defensa Nacional del año 1916 se autorizó al ejército regular a expandirse, en un período de tres años, hasta alcanzar la cifra de 175,000 hombres, pero los cuatro millones precisados durante la Segunda Guerra Mundial se reclutaron después de iniciado el conflicto. La mayor parte de ellos fueron llamados a filas por medio del reclutamiento obligatorio. En el año 1941 el Presidente Roosevelt se encontró aún en mejor situación: en septiembre del año 1940, el sistema de reclutamiento obligatorio llamó a filas

a un ejército de 1.400,000 hombres para que prestaran servicio por el período de un año. En septiembre del año 1941 se extendió este período indefinidamente; aprobándose dicha ley por el margen de un solo voto. No obstante, el ejército de ocho millones empeñado en la Segunda Guerra Mundial fue, como de costumbre, mayormente reclutado después de iniciarse el conflicto.

El autor no parece considerar que después de iniciado el combate, la movilización de grandes fuerzas no sólo ha sido difícil sino costosa y peligrosa. El reclutamiento, organización y adiestramiento de ejércitos que fluctúan entre uno y ocho millones de hombres, con los escasos recursos a disposición de los servicios armados regulares, ha conllevado una inevitable ineficiencia. La práctica ha resultado costosa debido a que las bajas entre las tropas mal adiestradas alcanzan siempre un nivel superior al normal, y asimismo, porque la falta de preparación supone un mayor período de guerra. Esta situación ha expuesto a la Nación a graves peligros. En el año 1861, la Confederación de los Estados del Sur tenía muy escasa preparación militar, pero aun así, bien pudo haber derrotado, en las primeras fases del conflicto, a la no menos indefensa Unión de los Estados del Norte. En los años 1917 y 1941 tuvimos la suerte de encontrarnos defendidos por la distancia y por nuestros aliados. Esto nos dio tiempo a prepararnos mientras el enemigo se desgastaba frente a las tropas de nuestros amigos. En nuestra época el problema ha tomado otro giro. El enemigo no está falto de preparación, y en caso de guerra, ni la distancia, ni nuestros aliados, podrían escudarnos. No sólo eso; otra guerra traería un poder de destrucción de efectos tan inmediatos que parece razonable suponer que la victoria será decidida por los ejércitos mejor preparados al comienzo de las hostilidades.

El autor no identifica cabalmente a las fuerzas liberales y pacifistas a que se refiere en su estudio. No señala si en este tipo de personas se incluye a todas las generaciones posteriores al año 1776, ni tampoco define la personalidad del individuo adscrito a estos grupos—cuál es su edad, sexo y temperamento. Pasa también por alto los lazos que los mantienen unidos—sus ideas y filiación política, su condición social y económica y su postura filosófica. No se nos dice siquiera si su número es reducido o considerable. Sus opositores sufren igual falta de identificación. Se hacen algunas vagas referencias a oficiales del ejército, a militaristas, y a intereses turbios; pero su coherencia como grupo, si es que existe, nunca se llega a explicar.

Las circunstancias en que actúan estas fuerzas liberales y pacifistas recibe muy poca consideración. Por ejemplo, nada se dice sobre las diferencias que han tenido que existir entre las siete guerras señaladas,

dando lugar a diferencias entre aquellos responsables de su preparación. Nuestro ataque a México en el año 1846 en nada se parece a la guerra reñida en defensa de la unión federal; y la reacción del congresista Lincoln, quien se opuso a la primera, es muy diferente de la rápida acción del Presidente en 1861. Los hombres que en los años de 1914 al 1918 no quisieron influir en el equilibrio de poder europeo, fueron los mismos que desearon bloquear la expansión de Alemania y el Japón después de 1939 y favorecieron la preparación militar. Algunas de las mudanzas ocurridas en el seno de las fuerzas liberales y pacifistas han sido dramáticas. En el 1940 los comunistas engrosaban sus filas oponiéndose a la preparación militar, pero después del ataque sufrido por la Unión Soviética en 1941, cambiaron instantáneamente de postura.

Las fuerzas liberales y pacifistas se oponen a la guerra y prefieren la paz. Habría que preguntarse si esta actitud es incondicional e invariable. Es de presumir que los militaristas e imperialistas amen la guerra. ¿Es este aserto incondicionalmente cierto? Tanto en lo referente a la preparación militar como a la guerra misma, las circunstancias pueden variar la postura de un grupo; el autor nada nos dice sobre este punto.

Los preparativos bélicos y las grandes fuerzas armadas tienden aparentemente a poner en peligro la paz y a hacer la guerra más probable. Ni el autor, ni las fuerzas liberales y pacifistas que cita, nos ofrecen evidencia ni argumentos para respaldar esta suposición. Bien cabría preguntarse que cuál de las siete guerras habidas durante el período que cubre este libro, vino como resultado de la existencia de grandes fuerzas militares. Más pausable parece la tesis contraria. Si en los años de 1914 y 1939 hubiéramos contado con poderosas fuerzas militares y demostrado la obvia intención de empeñarlas en caso necesario; es probable que ello hubiera servido para disuadir a las naciones atacantes de iniciar la contienda. Es indudable que la norma más importante de la actual política norteamericana para desalentar la agresión, consiste en mantener el poderío militar necesario para repeler cualquier ataque o castigarlo drásticamente.

Otras dos conjeturas de los grupos liberales y pacifistas se someten a escaso análisis. Se afirma que el militarismo pone en peligro la democracia. Los términos carecen de precisión y no se ofrece evidencia que valide esta declaración. Hay una breve referencia a la suspensión del derecho de *habeas corpus* durante la Guerra de Secesión, al empleo del ejército para disolver la huelga Pullman en el año 1894, y al desplazamiento de los japoneses en California durante la última guerra. Estas acciones pudieron ser lamentables, necesarias o inútiles; el autor no nos ofrece razones para decidirnos por uno u otro caso. No obstante, estas

acciones fueron decisiones de las autoridades civiles, y pueden difícilmente atribuirse al "militarismo". Se presentan muchas quejas sobre el dispendio consecuente al mantenimiento de las fuerzas armadas. No hay duda de que el costo es elevado, pero el autor no nos ayuda a decidir si los resultados justifican el sacrificio que estos costos suponen.

El autor no es imparcial en sus juicios: se muestra muy contento de que las fuerzas liberales y pacifistas ganaran generalmente las contiendas políticas, porque los defensores del militarismo son mala gente. La abundancia de clichés y de palabras cargadas de contenido emocional, embotan el estilo del libro y merman su poder de persuasión. Los representantes de las fuerzas liberales y pacifistas abogan en favor de la paz y de la democracia, por motivos perfectamente honestos. Por el contrario, los militaristas e imperialistas lanzan su propaganda de guerra y opresión por amor al poder y al dinero.

MILLARD HANSEN,
Universidad de Puerto Rico.

ROBERT A. SIGAFOOS, *The Municipal Income Tax: Its History and Problems*, Chicago: Public Administration Service, 1955. 169 págs.

Uno de los problemas más difíciles en el ámbito de la hacienda pública en los Estados Unidos, en décadas recientes, ha sido el de proporcionar a los gobiernos locales ingresos suficientes para costear la enorme expansión en los servicios municipales que requiere una población creciente y cuyos niveles de exigencia suben constantemente. En verdad, la necesidad de aumentar los ingresos la han sentido también en grado no menos agudo los gobiernos estatales y el federal. Pero a los gobiernos municipales les ha sido mucho más difícil hacer frente a la misma por ser mucho más limitados sus poderes para imponer contribuciones y hacer empréstitos.

Ante la poco grata alternativa de utilizar más intensamente la ya sobrecargada fuente tradicional de ingresos municipales, la contribución sobre la propiedad, numerosas jurisdicciones locales han optado por desarrollar nuevas fuentes de ingresos. Entre éstas, la que mayor atención ha recibido ha sido la de impuestos sobre ventas, tanto de carácter general como los que gravan artículos o servicios específicos. Sin embargo, un puñado de estas jurisdicciones ha osado experimentar con un tributo que se ha empleado muy poco al nivel local, la contribución sobre ingresos.